



La Comédiathèque

*Por debajo
de la mesa*

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

Por debajo de la mesa

Una autopista hacia el poder

Jean-Pierre Martinez

Para conseguir que un ministro firme un contrato millonario durante una cena, el presidente de una constructora ha contratado a una acompañante para seducirlo. Pero la mujer que se presenta sustituye a una amiga, que solo le ha hablado de un trabajo de azafata muy bien pagado. Ella cree que va a servir la cena, cuando en realidad forma parte del menú. Como era de esperar, nada saldrá según lo previsto...

PERSONAJES

El presidente
La azafata
El ministro

© La Comédiathèque

Un salón burgués. Unas flores sobre una mesita auxiliar. Un cuadro apoyado contra la pared. Una mesa puesta para tres. Suena un móvil que alguien ha dejado por ahí. Entra un hombre en calzoncillos y camisa, anudándose la corbata. Coge el móvil y contesta.

Presidente – Sí, Jerónimo... No, acaba de llamarme su jefa de gabinete. Sigue en la Moncloa. No llegará hasta dentro de media hora. Menos mal, porque todavía estoy en calzoncillos. Espero que no sea un mal presagio, porque, como no consigamos que firme ese maldito contrato, ¡así es como voy a acabar, en calzoncillos! Y usted también, se lo advierto. ¡Estamos en crisis, hombre! ¡Al borde de la quiebra! ¿Se ha ocupado de la chica, por lo menos? Ya debería estar aquí, no sé dónde demonios se habrá metido. Tengo que darle algunas instrucciones antes de que llegue el ministro... Por cierto, le felicito por la idea de contratar a una acompañante. ¡Así se pondrá de buen humor antes de firmar! Reconozco que al principio no me convencía, pero cuando me presentó a esa... Anabel. ¡Qué clase tenía! Nada que ver con una estríper de saldo para una despedida de soltero. Es fundamental que el ministro no sospeche que es una profesional. ¡Porque, para colmo, ese viejo verde se cree un seductor irresistible! *(Suena el timbre.)* Disculpe un momento, tengo que abrir. Seguro que es ella...

El presidente, todavía en calzoncillos, va a abrir la puerta.

Azafata – ¿El señor Martín Puig?

Presidente – Sí...

Azafata – Emmanuelle... Vengo de parte de la agencia.

Presidente – ¿Emmanuelle? Pero... yo esperaba a Anabel. Y usted no se parece en nada... Anabel era mucho más... En fin, mucho menos...

Azafata – Anabel me ha pedido que la disculpe. Ha tenido... un pequeño contratiempo. Vengo a sustituirla...

Presidente – ¿A sustituirla?

Azafata – Yo también tengo mucha experiencia, se lo aseguro...

Presidente – Sí, ya, pero... No es esto lo que habíamos acordado... Y yo había pedido una chica con clase, no... recién salida de clase...

Azafata – Verá, es que...

Presidente – Bueno, pase, no se quede ahí. Ya veremos qué hacemos...

Entra la chica. Es joven y guapa, pero va vestida como una alumna de un colegio de monjas: abrigo de paño, blusa blanca, falda escocesa, calcetines altos y zapatos de charol.

Azafata – Gracias...

Presidente *(volviendo a coger el móvil)* – ¿Jerónimo? Joder, empezamos bien: la agencia no me ha mandado a la chica que encargué... Pero ¿qué demonios ha hecho usted? ¿Que cómo es esta...? *(Martín examina a la chica de arriba abajo con expresión desolada.)* ¿Cómo se lo diría...? *(A la chica.)* ¿Me disculpa un momento...? *(Empieza a alejarse hacia la habitación de la que había salido.)* Mire, es un desastre... *(Bajando la voz.)* Ni con mucha imaginación y una mente de lo más pervertida consigo creer que alguien vaya a firmar un contrato de tres mil millones de euros solo por pasar una noche con semejante pánfila... ¡Parece recién salida de un internado de monjas!

Sale. La chica se queda sola, algo desconcertada, y pasea la mirada por el salón. Suena su móvil y contesta.

Azafata – ¿Isabel? Sí, sí, acabo de llegar, pero apenas he podido hablar con él... Te juro que ha sido rarísimo... Al verme se ha quedado completamente decepcionado. Como quien pide una margarita con extra de picante y recibe una vegetariana sin sal... Solo que yo tenía la sensación de ser la pizza, ¿entiendes? ¿Estás segura de que no puedes venir? Ya... O sea, que has aceptado dos trabajos para la misma noche... No, claro, no puedes partirte por la mitad... Oye, esto parece un sitio de mucho postín. ¿Quién es exactamente este tío? ¿Puig? ¿El de la constructora? Ah, pues sí que... ¿Y tú crees que...? No, no, tranquila. Ya estoy aquí y me quedo... Pero solo por hacerte el favor, ¿eh? Sí, ya sé, y también para empezar a devolverte los tres meses de alquiler del piso que compartimos que te debo... Por cierto, no sé por qué insiste en llamarte Anabel. ¿Ah, sí? Pues yo no sabía que para servir canapés hiciera falta un nombre artístico... Reconozco que no estoy acostumbrada a hacer de criada, pero bueno... De azafata, si lo prefieres... Cuando le he dicho que tenía mucha experiencia, no parecía creérselo. Creo que nada más verme se ha dado cuenta de que nunca había hecho esto en mi vida... También ha dicho algo sobre mi ropa... No lo entiendo. Tú me dijiste que viniera vestida normal, de manera clásica, pero arreglada... Y eso he hecho. Pensaba que aquí me darían un uniforme de azafata, como en la feria agrícola... Perdona, que vuelve...

Regresa el presidente, ya vestido.

Presidente – Bueno... Qué le vamos a hacer. Tendremos que arreglarnos con lo que hay, porque ya no queda tiempo. *(Vuelve a examinarla.)* Aunque, pensándolo bien, ese aire de inocentona puede vernos de maravilla. ¡Qué convincente! ¡Enhorabuena! Nadie diría que usted es... Bueno, ya me entiende... Le explicaré rápidamente de qué va todo. Soy Martín Puig, presidente del grupo de construcción y obras públicas Caraduro.

Azafata – ¡Ah, sí! La principal constructora de España. *(Recitando el eslogan de la empresa.)* ¡Invierta en el futuro, invierta en Caraduro!

Presidente – Muy bien... Veo que también les exigen cierta cultura general... Así me ahorro las explicaciones. Esta noche viene a cenar una personalidad política con la que tenemos que firmar un contrato muy importante. Aquí está. *(Le muestra el contrato.)* El ministro de Transportes...

Azafata *(sorprendida)* – ¿Juan Francisco Knock?

Presidente – Más conocido como JFK.

Azafata – Porque la prensa lo considera favorito para convertirse en el próximo presidente del Gobierno...

Presidente – En lo demás no tiene precisamente el físico de John Fitzgerald Kennedy. Pero, por suerte para nosotros, como Kennedy, JFK es un mujeriego. Usted solo tiene que imaginarse que es Marilyn Monroe... Aunque tampoco se parece mucho a Marilyn, ¿verdad?

Azafata – No...

Presidente – Para que todo sea más discreto, he organizado esta pequeña velada en mi casa. No crea que me hace ninguna gracia. Pero ya sabe lo que pasa con la discreción en los grandes hoteles...

Azafata – Sí... Bueno, no...

Presidente – Hoy sale un ministro del Ritz o del Palace y lo llevan a la portada de los periódicos como si lo hubieran fotografiado saliendo de un hotel por horas de la calle Montera.

Azafata – Ah, ya...

Presidente – Así que aprovecho que mi mujer se ha ido unos días a Salamanca a visitar a su madre...

Azafata – Ajá...

Presidente – Prefiero que no se entere de nada... Es muy celosa...

Azafata – Claro...

Presidente – En resumen... Usted está aquí para... poner al ministro en las mejores condiciones posibles, de modo que firme con nosotros y no con nuestro principal competidor... ¿Está claro?

Azafata – Eeh... Sí...

El presidente, algo incómodo, saca un fajo de billetes del bolsillo y se lo entrega.

Presidente – Aquí tiene... La mitad de lo que habíamos acordado con Anabel... El resto, a la entrega.

Azafata (cogiendo el dinero) – ¿A la entrega?

Vuelve a sonar el móvil del presidente.

Presidente – ¿Sí? Sí, señor ministro... *(Indica a la chica que lo disculpe y vuelve a apartarse.)* Sí, sí, por supuesto... Ningún problema... De acuerdo, señor ministro... ¡Naturalmente, señor ministro!

Otra vez sola, la chica se apresura a coger su móvil y marca.

Azafata (*entusiasmada*) – ¿Isabel? ¡Pero qué chollo me has conseguido! Me acaba de poner en la mano un fajo de billetes que ni siquiera he tenido tiempo de contar. ¡Y dice que me dará otro tanto luego! Cuando el servicio de catering haya entregado los canapés... Oye, pues está muy bien pagado esto de ser azafata... ¡Voy a poder devolverte los tres meses de alquiler que te debo e incluso pagarme la matrícula de la universidad! Viendo tanto dinero, una se plantea ciertas cosas, ¿sabes? ¿Para qué me esfuerzo tanto en sacar buenas notas en Ciencias Políticas? ¡Más me habría valido estudiar Hostelería! (*Mira de nuevo a su alrededor y descubre la mesa puesta para tres.*) Aunque ahora ya no sé exactamente qué quiere que haga. Yo creía que iba a servir champán en una recepción y esto tiene pinta de un trío... ¿Quién será el tercero? ¿Que no se trata solo de servir? ¿Y entonces qué más?

La conversación se interrumpe al regresar el presidente y la chica guarda su móvil.

Presidente – El ministro llegará de un momento a otro con su chófer y sus escoltas. Voy a recibirlo a la puerta. Lo siento, no me queda tiempo para explicarle nada más. Pero usted conoce su trabajo y sabrá improvisar. Su compañera me dijo que también les daban clases de improvisación... (*Se dispone a salir.*) Ni que decir tiene que todo debe ser muy elegante. Seducción, sí; vulgaridad, ninguna. Ah, una última cosa... Se llamará... Maribel. Discúlpeme, pero es que no tiene usted cara de llamarse Emmanuelle...

Azafata – ¿Y usted cree que tengo cara de Maribel...?

Presidente – Emmanuelle suena un poco demasiado... Está claro que es un seudónimo.

Desconcertada, la chica mira la mesa.

Azafata – ¿Y para quién es el tercer cubierto?

Presidente – ¿Para quién va a ser? ¡Para usted! No voy a ponerle un cuenco de comida en el suelo. ¡Ya le he dicho que todo debe ser muy elegante!

Azafata – Pero entonces... ¿qué tengo que hacer exactamente?

Presidente – Durante la cena, hable de cosas sin importancia. Haga de jovencita de buena familia, un poco tontita y, sobre todo, muy bien educada. Después... ¡finja que cae rendida ante los encantos del vejete!

Azafata – ¿Del vejete?

Presidente – Mire, cuanto menos sepa, más natural parecerá todo... Ya le iré indicando qué hacer según vaya picando el cerdo en el anzuelo... Ahora tengo que irme, de verdad. No podemos hacer esperar al ministro... Estamos aquí para satisfacer todos sus deseos, Maribel...

El presidente sale. La chica se lanza sobre su móvil.

Azafata – ¿Isabel? ¿Pero qué lío es este? ¡De esto no habíamos hablado! ¡Ahora tengo que cenar con ellos y hacer de Mata Hari! ¿Qué es esto? ¿Un juego de rol? ¿Una orgía? ¿Que me deje llevar por mi instinto y todo irá bien? ¡Pues mi instinto me está gritando que salga corriendo de aquí! ¡Mira, que tú pierdas un cliente importante no es problema mío! ¡Yo no sabía a qué te dedicabas! Creía que tenía que servir canapés, no convertirme en un canapé. ¡Y encima dejar que me rellenen!

El presidente regresa acompañado del ministro, que luce una condecoración de la Orden del Mérito Civil en la solapa. La chica no tiene más remedio que guardar el móvil.

Presidente – Pase, pase, se lo ruego, señor ministro... Está usted en su casa...

Ministro – Gracias... Perdone el retraso, estaba hablando con el presidente del Gobierno... Precisamente sobre el proyecto que nos ocupa...

El presidente entra con el ministro, que repara en la chica.

Azafata (nerviosa) – Señor Croc...

Ministro – Knock... Pero puede llamarme Juan Francisco...

Presidente – Ah, debo pedirle disculpas, señor ministro. Mi... sobrina ha venido a pasar unos días a Madrid... Si no le importa, cenará con nosotros. No iba a dejarla en la calle... Quiero decir, en la calle esta noche... Espero que no le moleste...

Ministro (encantado) – ¡De ninguna manera!

Presidente – Además, estaba tan emocionada ante la idea de conocerlo... ¿Verdad, Maribel?

Azafata – Eh... Sí, tío...

Ministro – Encantadora... ¿Y a qué se dedica la señorita?

El presidente hace un gesto para que conteste.

Azafata – Soy... estudiante de Ciencias Políticas.

El presidente le hace señas a escondidas para indicar que es una buena idea.

Ministro – Muy bien, muy bien... Quizá una futura ministra... Pero ¿no decía usted que solo estaba de visita en Madrid?

Presidente – Sí...

Ministro – Si estudia Ciencias Políticas...

Presidente (improvisando) – Ciencias Políticas... en Granada.

Ministro – Vaya, vaya...

Azafata – Mi madre es andaluza.

Presidente – Mi hermana, claro.

Azafata – Yo quería estudiar en Madrid, pero...

Presidente – No le dio la nota.

Maribel hace una mueca, ofendida.

Ministro – Qué lástima... Bueno, yo estudié Derecho y ya ve hasta dónde he llegado, Maribel...

Azafata – Dicen que podría ser el próximo presidente del Gobierno...

Ministro – Se dicen tantas cosas... Por ahora tengo que pasarme la velada regateando con ese viejo avaro que es su tío, a ver a cuánto me cobra cada kilómetro de autopista.

Presidente – Vamos, vamos... Estamos dispuestos a hacer un esfuerzo comercial, ya lo sabe... Además, casi somos de la familia...

Ministro – ¿Lo ve? Seguro que piensa emborracharme para hacerme firmar cualquier cosa... Pero no me dejaré corromper...

Presidente – Su fama le precede, señor ministro... Todos conocen su integridad... Y su preocupación por el dinero público... Hasta me han contado que en los pasillos del Congreso lo llaman «el castor»...

Ministro – ¿Ah, sí? No lo sabía... Tampoco sabía que el castor simbolizara el ahorro...

Azafata – Normalmente es la ardilla...

Presidente – ¡El castor es un gran constructor! Derriba árboles con los dientes y construye presas...

Azafata – Con la cola.

Ministro – En fin, como ya sabe, nuestro país atraviesa un momento muy difícil. Si España me necesita, no seré insensible a su llamada...

Azafata – Eso le honra, señor ministro.

Ministro – Estoy seguro, señorita, de que si usted estuviera en mi lugar también estaría dispuesta a entregar su persona por España, ¿no es cierto...?

Presidente – Pero siéntese, por favor. Maribel nos servirá algo de beber. ¿Verdad, cariño?

Azafata – ¿Champán?

Ministro – Si es para celebrar la firma del contrato, le advierto que todavía no está firmado. Ya sabe cómo están las cuentas públicas...

Presidente – ¡Eso no nos impide refrescarnos un poco! *(Hace un gesto a la chica para que llene las copas.)* Le recuerdo que ya hemos hecho grandes esfuerzos para rebajar el presupuesto de estas obras y no aumentar el déficit público.

Ministro – Aun así, querido amigo... Tres mil millones de euros es mucho dinero...

Presidente – ¡Por cien kilómetros de autopista! ¡A ese precio es una ganga, señor ministro, créame! Es muy sencillo: si encuentra una oferta mejor, le devolvemos la diferencia.

Azafata – ¡Precio mínimo garantizado...!

Ministro – Como sabrá, señorita, las agencias de calificación acaban de quitarle a España la triple A. Hoy nuestros bonos del Tesoro cotizan menos que los chorizos de la carnicería de la esquina. Y ante nuestros acreedores internacionales el presidente del Gobierno ha quedado como un chorizo de tres al cuarto.

Presidente – Querido ministro, confiamos en que después de las próximas elecciones sea usted quien ocupe el puesto de ese chorizo.

Ministro – No intente halagar mi ambición para ablandarme, querido amigo... O debería decir «queridísimo»... ¡Demasiado querido!

Presidente – Señor ministro, ¡hablamos de una inversión de futuro!

Azafata – ¡Invierta en el futuro, invierta en Caraduro!

Presidente – La red de autopistas es el sistema nervioso de España. ¡Su sistema circulatorio! Son las autopistas las que llevan cada día el oxígeno necesario a esos músculos que son nuestras empresas. ¡No tengo que explicárselo precisamente al ministro de Transportes!

Ministro – El problema será convencer a la opinión pública de que una autopista directa entre Brihuega y La Moraleja es una prioridad estratégica para la recuperación de España...

Presidente – ¿Y para qué están los asesores de comunicación?

Ministro – Y quizá aún no hayamos tocado fondo... Perdone la expresión, señorita, pero las agencias de calificación nos tienen cogidos por los huevos.

Presidente – Vamos, vamos... El Tesoro Público todavía no ha quebrado. Le aseguro que es un contrato magnífico. ¿Otra copa de champán, señor ministro?

Hace un gesto a la chica para que vuelva a servirle.

Ministro – ¿Sabe cuánto pagaríamos de intereses al año por pedir prestados otros tres mil millones de euros? Suponiendo que los chinos quieran prestárnoslos...

Presidente – ¡Lo recuperarán con los peajes! ¡Se van a forrar! ¡Una renta para toda la vida! Quiero decir... para España...

Ministro – Mmm... ¿Qué opina usted, jovencita? (*Divertido.*) A ver... Si fuera ministra de Transportes, ¿qué haría en mi lugar?

Azafata – Siempre he pensado que el Estado se equivocó al privatizar las autopistas... ¿Por qué vender la gallina de los huevos de oro por unos pocos lingotes?

Ministro – No le falta razón...

Presidente – ¡Escuche la voz de la juventud!

Ministro – La gallina de los huevos de oro... (*Mirando de reojo a la chica.*) Precisamente la clase de gallina que a cualquier hombre le gustaría tener en su corral...

Presidente – Pues esta noche, señor ministro, le ofrezco una gallina en bandeja...

Ministro – ¿De verdad...?

Presidente – ¡Hoy un viaje por autopista de Madrid a Barcelona cuesta casi tanto como un billete del AVE!

Ministro – ¿Usted cree...?

Presidente – Y encima hay que pagar la gasolina y el chófer...

Azafata – Mmm... Ese quizá sea precisamente el problema...

Presidente – ¿Perdón?

Azafata – A esos precios, ¿quién va a querer seguir utilizando las autopistas?

Ministro – Sobre todo entre Brihuega y La Moraleja...

Azafata – ¿Brihuega...?

Presidente – Y, sin embargo, sabemos cuánto le importa ese proyecto, señor ministro, ¿verdad?

Ministro – No voy a negarlo...

Presidente – Es usted quien lo ha impulsado desde el principio de la legislatura... Y todos sabemos perfectamente por qué...

Azafata – ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Presidente – Bueno... Para sacar a la provincia de Guadalajara de su aislamiento, naturalmente. ¡Como todo el mundo sabe, uno de los grandes motores económicos de España!

Azafata – ¿Y además...?

Ministro – Además, porque soy diputado por Guadalajara, donde está Brihuega... y tengo una casa en La Moraleja.

Presidente – Así podrá viajar con más comodidad entre el Congreso y su circunscripción.

Azafata (irónica) – O, quién sabe, en el futuro, entre la Moncloa y su chalé.

El presidente le lanza una mirada furibunda. Por suerte, suena el timbre de la puerta.

Presidente – Será el servicio de catering... *(A la chica.)* Vaya a abrir, Maribel...

Azafata – Por supuesto, tío.

Ministro – Es encantadora... Pero también tiene bastante carácter, ¿no le parece?

Presidente – Es igualita que su madre... pero más joven.

Ministro – Claro, claro...

Presidente – Las ventajas de la juventud...

Ministro – Y muy bien educada.

Presidente – Y muy limpia...

La chica vuelve con una gran bandeja llena de platos, que coloca sobre la mesa.

Azafata – ¡Aquí está! Ya podemos sentarnos a cenar...

Presidente – Son platos fríos. Me pareció más práctico. Así se simplifica el servicio y evitamos testigos incómodos. Quiero decir... oídos indiscretos. Por mucha confianza que uno tenga en el personal...

Ministro – Desde luego... Pero este encuentro no tiene nada de secreto ni de ilegal, por ahora, ¿verdad? A menos que pretenda pasarme un sobre por debajo de la mesa...

El presidente duda si se trata de una broma o de una insinuación y no sabe qué contestar.

Presidente – Bueno...

Ministro – Estoy bromeando, naturalmente.

Presidente – Naturalmente.

Ministro – Pues todo tiene una pinta estupenda.

Presidente – ¡Es del mejor catering de Madrid! Escandalosamente caro, pero delicioso...

Ministro – Me dejo llevar, me muero de hambre. Aunque esto roce el cohecho pasivo.

Los tres se sientan a la mesa.

Azafata – ¿Le sirvo un vino con denominación de corrupción? *(El ministro se queda desconcertado y el presidente la fulmina con la mirada.)* De origen, quiero decir...

Ministro – Qué amable... *(Al presidente.)* Es encantadora... Así que vive en Andalucía, Maribel...

Azafata – ¿Ah, sí...? Quiero decir... ¡Sí, claro!

Presidente – En Granada...

Ministro – Es curioso, no tiene usted nada de acento...

Azafata – Es que... he tomado clases de dicción para quitármelo. Ya sabe cómo son los prejuicios con el acento andaluz, si una quiere hacer carrera en la política o en los negocios... Aunque hoy en día vienen a ser lo mismo. Enseguida piensan que una es poco seria...

Ministro – ¿Poco seria?

Azafata – Vamos, que solo sabe contar chistes...

El presidente se impacienta.

Ministro – No debería generalizar. En Andalucía hay gente muy seria y políticos muy competentes. Yo presidí durante diez años la Diputación de Granada. Conozco la ciudad como la palma de mi mano...

Presidente – ¿De verdad...?

Ministro – ¿Y a qué se dedica su hermana en Granada?

Presidente – ¿Mi hermana...?

Ministro – Conozco a todo el mundo allí.

Presidente – ¿A qué se dedica...? Pues, claro... (*Volviéndose hacia la chica.*) ¿A qué se dedica ahora?

Azafata – Está muerta.

Presidente – Eso es... Es que me emociono tanto al hablar de ella... que no podía ni pronunciar la palabra.

Ministro – Lo siento muchísimo.

Presidente – Era mi hermana, después de todo... Y la única que tenía. Todavía me quedan unos cuantos hermanos, pero...

Ministro – No es lo mismo...

Presidente – No la pueden reemplazar...

Azafata – Yo también tenía una sola madre...

Ministro – Sí, bueno... Suele ser lo habitual, por desgracia... Y ha fallecido...

Presidente – Sí, completamente. Un... un accidente...

Ministro – ¿Un accidente?

Presidente – Un camión frigorífico... Cuando cruzaba la calle... para ir a la charcutería.

Ministro – ¡Dios mío!

Presidente – Pero tampoco vamos a amargarnos la noche... La vida sigue... ¡Y las obras también! Ya sabe lo que dicen: ¡cuando la construcción va bien, todo va bien! También las obras públicas...

Ministro – Entonces, ¿esta encantadora joven sigue viviendo en Granada?

Presidente – Sí... Con su mamá... difunta.

Ministro – Hablando de embutidos... En Granada hay un restaurante donde sirven una morcilla extraordinaria... ¿Cómo se llamaba...?

Por suerte, suena el móvil del ministro y la chica no tiene que contestar. El ministro atiende la llamada.

Ministro – ¿Sí? Sí, sí... No, no me molesta en absoluto... Espere un segundo... (*Al presidente.*) ¿Me disculpa? ¿Hay algún sitio donde pueda hablar en privado?

Presidente – ¡Por supuesto! Por aquí, se lo ruego...

El presidente le indica el camino.

Ministro (*por teléfono*) – Sí, sí, le escucho...

Sale el ministro.

Presidente – Bueno, por ahora todo va bastante bien... Creo que ha conseguido despertar la libido de ese viejo sátiro con su aire de colegiala de convento... Pero no se pase con su faceta de rebelde...

Azafata – No se preocupe. No haré nada que pueda echar a perder la negociación...

Presidente – Y ahora hay que pisar el acelerador, ¿eh? Discreción y elegancia, sí, pero también decisión y un poco de descaro.

Azafata – ¿Descaro?

Presidente – Usted siga poniendo el cebo al pez gordo y, ¡zas!, lo engancha cuando menos se lo espere. Hay que sorprenderlo, ¿entiende? Después ese viejo tiburón se dejará llevar... Le gusta la carne fresca, créame. Tengo información de primera mano...

Suena su móvil y contesta.

Presidente – ¿Jerónimo? No puedo hablar ahora... Sí, sí, creo que ese viejo asqueroso no es inmune al estilo de colegiala con falda escocesa... Oiga, ¿sabía usted que había vivido diez años en Granada? ¡Podría habérmelo dicho! Así me habría ahorrado hacer el ridículo... (*Vuelve el ministro.*) Bueno, le dejo...

Ministro – Disculpen, pero creo que no convenía que escucharan esa conversación... ¿Sabe quién acaba de llamarme?

Presidente – Pues no...

Ministro – Su principal competidor...

Presidente – No me diga...

Ministro – Y debo confesarle que acaba de hacerme una oferta... muy tentadora.

Presidente – ¿De cuánto?

Ministro – El mismo precio que ustedes... pero con veinte kilómetros de autopista más...

Azafata – Ah, sobre cien kilómetros, es un veinte por ciento gratis. Una promoción bastante interesante, la verdad.

Presidente – ¿Brihuega-La Moraleja? ¡Pero, teniendo en cuenta las carreteras existentes, solo hacen falta cien kilómetros nuevos para completar el enlace! ¡Los estudios son concluyentes!

Ministro – Su competidor me propone un pequeño desvío por Algete. Allí vive mi madre... (*A la chica.*) Y usted sabe lo importante que es visitar de vez en cuando a su madre mientras siga viva... (*Vuelve a sonar su móvil. Contesta.*) Sí... (*Al presidente.*) Discúlpeme otro momento... Sí, sí, le escucho...

Sale a la habitación contigua.

Presidente – ¡Estamos jodidos...!

Azafata – Pues ofrézcale también un veinte por ciento gratis, como en las cajas de cereales...

Presidente – Imposible... Ya hemos ajustado el presupuesto al máximo... Si añadimos veinte kilómetros por el mismo precio, perdemos todo el beneficio.

Azafata – Pero así reactivan la economía y el crecimiento...

Presidente – ¡A nuestros accionistas el crecimiento les importa un comino! ¡Lo que quieren a fin de año son dividendos! ¡Y qué demonios hago yo hablando de negocios con una puta que está aquí como regalo promocional para facilitar la firma de un contrato!

Azafata – ¿Una puta?

Presidente – ¡Limítese a hacer su trabajo, joder! ¡He pagado por una escort, no por una clase de economía política!

Azafata – ¿Una escort?

Presidente – ¡Ahora todo depende de usted! ¡Tiene que convencerlo de que los tirantes de su sujetador son más interesantes que el ramal de autopista que uniría su casa con la residencia de su madre!

Azafata – Escuche, señor, ha habido un malentendido... Estoy sustituyendo a una amiga que, por lo visto, no me ha contado todo lo que esperaban de mí. ¡No soy prostituta! Soy estudiante de Ciencias Políticas, de verdad, y hago trabajillos para pagarme el alquiler y la carrera. Nada más.

Presidente – ¿Es una broma...?

Azafata – Muy bien, pues le devuelvo el dinero y me largo... ¿Está lo bastante claro?

Presidente – Espere, no nos precipitemos... Le pido disculpas y le ruego que me escuche un momento, ¿de acuerdo?

Azafata – Lo escucho... Pero eso no va a cambiar que yo no me acuesto con nadie por dinero... De hecho, tampoco me acuesto mucho gratis, que digamos...

Presidente – Si no firmamos ese contrato esta noche, los accionistas cerrarán la división de autopistas para concentrarse en sectores más rentables. Cientos de empleados se quedarán sin trabajo. Yo también, dicho sea de paso...

Azafata – ¿Y qué quiere que haga yo?

Presidente – Usted es mi última baza, Maribel.

Azafata – Emmanuelle.

Presidente – Todo depende de usted. ¡Hay obreros que pueden quedarse en el paro! ¡Familias enteras en la calle! ¡Hijos que no podrán ir a la universidad como usted!

Azafata – Pare, que me va a hacer llorar... ¡Pero no voy a aceptar una proposición indecente para evitar un expediente de regulación de empleo!

Presidente – ¿Quién habla de acostarse con nadie? El trato consiste en conseguir que ese imbécil firme el contrato. Si lo consigue sin llevarlo a la cama, peor para él... Quiero decir, mejor para usted...

Azafata – ¿Y cómo hago eso?

Presidente – Le sirve el aperitivo, le abre el apetito con el plato principal y, en el último momento, lo deja sin postre. Siempre que consiga cobrarle la cuenta antes de que se marche...

Azafata – No sé qué decirle...

Presidente – Además, parece que le gusta bastante beber. Si lo emborrachamos un poco...

Azafata (*ofendida*) – ¿Quiere decir que, para querer acostarse conmigo, tiene que estar borracho perdido? Después de llamarme puta... Desde luego, ¡usted sí que sabe tratar a las mujeres!

Suena el teléfono del presidente y contesta.

Presidente – ¡Ya hablaremos, Jerónimo! ¡La chica que me ha mandado no quiere acostarse con nadie! (*Cambiando repentinamente de tono.*) ¿Cariño? ¿Eres tú? No esperaba tu llamada... ¿Qué tiempo hace en Salamanca? ¿Que es de noche? Sí, aquí también... ¿Que de qué hablaba? ¿Una chica? ¿Qué chica? ¡Pero no, te lo juro! Vamos, cariño, tú sabes que yo nunca... ¿Diga? ¿Diga? Me ha colgado... ¡Lo que faltaba! ¡Es una catástrofe! Tengo que llamarla inmediatamente...

El presidente sale para devolver la llamada a su esposa. La chica marca un número a toda prisa.

Azafata – ¡Pero en qué trampa me has metido! ¡Yo no soy una puta! ¿Una azafata de compañía? Pues perdona, no veo la diferencia. ¡De haberlo sabido, no habría venido! Por eso no me lo contaste todo, ¿verdad? Sí, me dijiste que la agencia se llamaba Glamour Internacional... ¡No, perdona, no caí en la cuenta! ¿Los tres meses de alquiler que te debo? ¿O me acuesto con ese cerdo o me echas a la calle, es eso?

La vuelta del ministro la obliga a interrumpir la conversación y guardar el móvil.

Ministro – ¿Está sola?

Azafata – Mi... tío tenía que hacer una llamada urgente... Un pequeño malentendido con su mujer...

Ministro – Así tendremos ocasión de hablar un poco. Tiene que darme su número de teléfono. A lo mejor me apetece llevármela conmigo...

Azafata – ¿Llevarme con usted...?

Ministro – Contratarla, si lo prefiere... Si algún día busca prácticas o un empleo al terminar la carrera, no dude en llamarme. Le daré mi número personal. Muy poca gente lo tiene, ¿sabe?

Azafata – Gracias por concederme semejante privilegio...

Ministro – Hay que dar oportunidades a los jóvenes. No sé por qué, pero tengo la sensación de que nos llevaríamos muy bien, usted y yo, ¿verdad? Tiene carácter... Me gusta... Además, si después de las próximas elecciones me convierto en presidente del Gobierno, tendré que formar un equipo nuevo. Más joven... Más abierto al mundo... Más preparado...

Azafata – Y con don de lenguas...

Ministro – Le parecerá increíble, pero nuestro ministro de Hacienda no habla ni una palabra de inglés... ¡Y apenas sabe sumar cifras de tres dígitos sin ayuda de su jefa de gabinete y un par de asesores contables! (*La agarra por la cintura.*) ¿Le gustaría incorporarse a mi equipo de campaña?

Azafata – Lo llaman el JFK español, pero veo que también tiene algo de Bill Clinton...

El ministro se acerca todavía más a la chica.

Ministro – Un poco de insolencia no me disgusta nada...

Ella le suelta una bofetada. Vuelve el presidente.

Presidente – ¿Todo va bien...?

El ministro recupera la compostura.

Ministro – La verdad es que estoy un poco incómodo, querido amigo...

Presidente – Seguro que podemos llegar a un acuerdo... Me temo que no puedo regalarle el desvío hacia Algete. (*Mirando a la chica.*) Pero quizá haya algún pequeño premio de consolación que le agrade...

La chica le lanza una mirada asesina para hacerle ver su torpeza.

Ministro – Acabo de recibir noticias de mi madre. Era ella quien llamaba...

Presidente – Ah... Espero que su querida mamá se encuentre bien...

Ministro – Por desgracia... Empieza a perder un poco la cabeza... Ya cree que soy presidente del Gobierno...

Azafata – ¡Pero si eso es que tiene visión de futuro, señor ministro! ¡Justo lo contrario del alzhéimer! No es que haya olvidado el pasado, ¡es que ya recuerda el futuro!

Ministro – Por desgracia, también cree que estoy en la cárcel de Soto del Real por corrupción de menores...

Azafata – Ah, bueno, eso sí que no tiene ningún sentido...

Presidente – Si llegara a presidente del Gobierno, seguro que sus abogados encontrarían la manera de sacarlo del apuro...

Azafata – No se presentará por eso, ¿verdad?

Ministro – En fin, me temo que mi pobre madre va a necesitar me cada vez más durante los próximos años. No podemos abandonar a nuestros mayores, ¿no le parece?

Presidente – Por supuesto...

Ministro – Me he impuesto la obligación de visitarla por lo menos una vez a la semana. Naturalmente, con una autopista que pasara justo delante de su casa sería mucho más fácil...

Azafata – ¿Y si la llevara a una buena residencia en La Moraleja?

Ministro – Ya sabe cómo son los ancianos... Tan apegados a sus costumbres... Temo que un cambio brusco de entorno acelere aún más su deterioro...

Presidente – Comprendo... Lo que no comprendo es cómo puede su competidor ofrecer un precio semejante...

Azafata – A lo mejor emplea trabajadores sin contrato... Dicen que pasa mucho en la construcción...

Ministro – Ah, prefiero no saberlo...

Azafata – Y eso que el Estado tiene un montón de inspectores persiguiendo a los empresarios que explotan a sus trabajadores...

Ministro – Es encantadora... Pero qué quiere que le diga, todos hacemos pequeños arreglos con nuestra conciencia... No me diga que su santa madre nunca contrató a una asistenta sin darla de alta...

Azafata – Mi pobre madre está muerta.

Ministro – Ah, sí, es verdad, perdone... *(Al presidente.)* Pero volvamos a nuestro contrato, querido amigo. Ya le he dicho que me gustaría trabajar con ustedes. ¡Haga un último esfuerzo! Veinte kilómetros más o menos de autopista, ¿qué representan para usted?

Presidente – Seiscientos millones de euros...

Ministro – El Estado se lo agradecerá, créame. Y yo también estoy dispuesto a hacer un gesto...

Presidente – ¿De verdad?

El ministro señala la condecoración de su solapa.

Ministro – ¿Le gustaría tener una igual?

El presidente parece tentado por un instante.

Presidente – Desde luego, la idea es atractiva, pero...

Ministro – Seguro que a su esposa le haría mucha ilusión... Y a su sobrina.

Presidente – Por supuesto... *(Volviendo a la realidad.)* Pero una condecoración por seiscientos millones de euros... Me temo que mis accionistas no valoren mi honor a ese precio...

Azafata – ¡Vamos, tío, que te infravaloras!

Ministro – Con esos veinte kilómetros de autopista adicionales haría usted un gran favor a las personas mayores...

Azafata – Por lo menos a las que viven en Algete...

Presidente – Por desgracia, a mí me toca rendir cuentas ante los fondos de pensiones estadounidenses...

Ministro – Piénseselo... Pero no tarde. Su competidor está dispuesto a todo para hacerse con el contrato, ¿sabe? Mientras tanto, yo me daría un pequeño gustito...

Presidente – Precisamente iba a proponerle que pasáramos al postre...

Vuelve a sonar el móvil del ministro y este contesta.

Ministro – ¿Sí...? Ah, sí... Claro, con mucho gusto... ¡Pero no, hombre! Al contrario... Estaremos en familia... Muy bien, lo llamaré al salir de aquí...

El ministro guarda el móvil.

Presidente – Espero que no sean más malas noticias de su mamá...

Ministro – No, no, tranquilo... Bueno, no sé si debería tranquilizarse... Era otra vez su competidor, Leonardo. El presidente del grupo Tragados y Obstrucciones...

Presidente – Ah...

Ministro – Me invita a tomar una copa en su casa más tarde para presentarme otra oferta... Curiosamente, quería saber si me importaba que estuviera allí su ahijada... ¡Últimamente todo el mundo quiere presentarme a su familia!

Azafata – Es época de vacaciones escolares...

El presidente, preocupado, le indica a la chica que pise el acelerador.

Ministro – Bueno, ¿qué nos ofrece de dulce?

Presidente – Un surtido de pastelitos, creo. Ya verá qué delicia... ¿Maribel?

Azafata – Pues tenemos unos París-Brest... que, por desgracia, no pasan ni por Brihuega ni por Algete... Unos financieros que parecen pasados de fecha... Y unos suspiros de monja...

Presidente – Las monjitas, en cambio, tienen una pinta para comérselas...

Ministro – Muy bien, muy bien... *(Engulle varios pastelitos.)* Los macarons son mi perdición...

Presidente – Pero siéntese, por favor. Póngase cómodo...

Los tres se sientan. El presidente vuelve a hacerle señas a la chica para que acelere las cosas. Pero ella no sabe qué hacer ni qué decir.

Azafata – Así que no le importaría firmar un contrato en nombre del Estado con una empresa que utiliza trabajadores ilegales... Para alguien que aspira a ser el próximo presidente del Gobierno... Me decepciona muchísimo. Y yo que pensaba votarlo...

El presidente pone los ojos en blanco.

Ministro (con la boca llena de pastelitos) – Pobre niña. Pronto aprenderá que en política hay que ceder un poco si se quiere llegar a alguna parte. Por cierto, me vendría bien otra copa de ese excelente champán...

El presidente le indica a la chica que vuelva a servirle, y ella obedece.

Presidente – Lo traigo directamente de Épernay. Aún me quedan unas cajas en la bodega. Si le apetece...

Ministro – Sea como sea, no tomaré ninguna decisión antes de hablar con su competidor...

Azafata – Y con su ahijada...

Presidente – Por casualidad, ¿no se llamará Anabel...?

Ministro – ¿La conoce?

Presidente – No, no, es que... Por favor, sírvase más pasteles...

Ministro – Encantado.

El ministro vuelve a atiborrarse de pasteles. El presidente le roza la pierna con el pie por debajo de la mesa. El ministro se da cuenta y, creyendo que se trata del pie de la chica, se excita visiblemente.

Azafata – Veo que le están gustando mucho...

Ministro – No debería, pero... Un caprichito de vez en cuando...

Le guiña un ojo, para sorpresa de ella.

Ministro – Exquisita, verdaderamente exquisita... Esa monjita...

Presidente – Pero tiene la copa vacía, señor ministro... ¿Maribel?

Maribel se levanta para coger la botella de la cubitera. El presidente tarda un instante en dejar de rozarle la pierna al ministro con el pie. Este, ya algo achispado, empieza a preguntarse si de verdad era la chica quien le estaba rozando la pierna con el pie. Ella vuelve a sentarse.

Azafata – ¿Champán?

El ministro le roza la pierna con el pie justo cuando ella está sirviéndole. Sobresaltada, le derrama, con mayor o menor intención, el champán sobre la entrepierna en lugar de llenarle la copa. El ministro se levanta de un salto.

Azafata – ¡Ay, perdón! ¡Qué torpe soy!

Ministro – ¿Puede indicarme dónde está el cuarto de baño...?

Presidente – Estoy verdaderamente avergonzado... Por aquí, se lo ruego... Al fondo del pasillo, a la derecha...

Sale el ministro. El presidente está furioso. Trae de la habitación contigua una fregona y se la entrega a la chica para que limpie el champán del suelo.

Presidente – ¿De verdad cree que va a encender su pasión derramándole champán por encima...?

La chica coge la fregona y limpia el suelo.

Azafata – Lo siento, ha sido un reflejo. Me ha estado rozando la pierna con el pie por debajo de la mesa...

Presidente – ¡Pero eso es estupendo! ¡Significa que ha picado el anzuelo! No me dirá que unos roces de piernas por debajo de la mesa son demasiado para usted. ¡Es el momento de pescarlo!

Azafata (*con la fregona en la mano*) – ¿Pescarlo?

Presidente – Escuche, tengo un plan para salvar la situación y acelerar un poco las cosas...

Azafata – Me está dando miedo...

Presidente – Dentro de un momento fingiré que recibo una llamada y me iré con el pretexto de una urgencia, dejándolos solos...

Azafata – ¡¿Va a dejarme sola con ese viejo macho cabrío en celo?!

Presidente – ¡Es un ministro del Gobierno!

Azafata – ¿Y eso debería tranquilizarme?

Le planta el contrato delante de las narices.

Presidente – Consiga que firme el contrato prometiéndole una noche de pasión. Y justo antes de que las cosas pasen a mayores, escurra el bulto con cualquier excusa...

Azafata – ¿Qué excusa?

Presidente – Yo qué sé... Recibe un mensaje diciendo que su madre ha tenido un accidente, por ejemplo.

Azafata – ¿Lo dice en serio?

Presidente – ¿Qué problema hay?

Azafata – ¡Mi madre ya está muerta!

Presidente – Lo siento muchísimo, no lo sabía...

Azafata – ¡Si se lo ha dicho usted mismo hace un rato!

Presidente – Ah, sí, es verdad... Pues dígame que el accidentado soy yo y que tiene que ir urgentemente a verme al hospital...

Azafata – Vaya plan más malo.

Presidente – ¿Tiene otro mejor?

Azafata – ¿Tiene empleada del hogar?

Presidente – Le he dado la noche libre para que estemos tranquilos... Aunque debe rondar los cincuenta, tiene triple papada y le está saliendo bigote. No sé si...

Azafata – Entonces, ¿la empleada tiene una habitación aquí?

Presidente – Justo encima.

Azafata – Finja que se marcha por una urgencia, como hemos dicho, pero en lugar de salir de verdad, escóndase en la habitación de la empleada.

Presidente – ¿Y después?

Azafata – Cuando haya puesto a su ministro en una situación comprometida, lo llamo, usted vuelve inesperadamente y nos sorprende juntos.

Presidente – ¿Y entonces?

Azafata – ¡Él! ¡Con su sobrina! Usted se muestra indignado y lo amenaza con denunciarlo. Con contárselo todo a la prensa. ¡Y para evitar el escándalo estará dispuesto a firmar lo que sea!

Presidente – ¡Es usted un genio!

Vuelve el ministro. La chica deja la fregona en un rincón.

Azafata – Vuelvo a pedirle disculpas. No sé qué me ha pasado.

Ministro – Ya está solucionado...

Presidente – ¿Un digestivo?

Azafata – ¿Un licor de pera?

Presidente – ¿O una Maribel?

Azafata – Esa le prometo que no se la derramaré sobre los pantalones.

La idea parece excitar al ministro. El presidente finge contestar a su móvil.

Presidente – ¿Sí? ¿No? ¡Qué horror! ¡Dios mío! Sí, claro, voy enseguida... (*Guarda el móvil.*) Señor ministro, le pido mil disculpas, pero tendré que dejarlo solo un momento. Mi mujer ha tenido un accidente...

Ministro – ¡Qué espanto! ¿Es grave?

Presidente – Sí, bueno... No... Los médicos todavía no han dado un diagnóstico. No saben si se ha roto la muñeca o si es solo un esguince...

Ministro – En ese caso, pospondremos la reunión, naturalmente.

Presidente – No, de ninguna manera, insisto. Tengo una responsabilidad ante mis accionistas... Ese contrato es esencial para la supervivencia de la empresa... Volveré en una o dos horas.

Ministro – ¿Desde Salamanca?

Presidente – Eh... No, estaba de regreso, en realidad. Por suerte, el accidente ha ocurrido al entrar en Madrid... Cerca de la plaza de Castilla... Mi sobrina le hará compañía mientras tanto. ¿Verdad, Maribel...?

Azafata – Claro que sí...

Ministro – Bueno, en ese caso... Muy bien...

Azafata – Dale un beso a la tía de mi parte, tío... Rezaré por su pronta recuperación... *(Acompaña al presidente hasta la puerta y le habla en voz baja.)* Quédese cerca y venga en cuanto lo llame. O me voy ahora mismo.

Presidente – Se lo prometo... Este es mi número de móvil... *(Al ministro.)* Le confío a mi sobrina, señor ministro...

Sale el presidente.

La chica, un poco inquieta, se vuelve hacia el ministro.

Ministro – Por fin solos...

Azafata – Sí...

El ministro se instala en el sofá.

Ministro – Venga, siéntese conmigo y hableme un poco de mí... Quiero decir, de usted... O de nosotros, ¿por qué no?

La chica se sienta a su lado, de mala gana.

Ministro – No le doy miedo, ¿verdad?

Azafata – No, en absoluto, se lo aseguro... *(Armándose de valor.)* Incluso debo decir que... estaba deseando que llegara este momento.

Ministro – ¿De verdad...?

El ministro le pone una mano en el hombro.

Azafata – Siempre me han fascinado los hombres poderosos...

Ministro – Los hombres poderosos, antes que nada, son hombres, ¿sabe...?

Azafata – Y, sin embargo... Pensar que, si llega a presidente del Gobierno, podrá movilizar a todo el Ejército con una sola orden...

El ministro se muestra cada vez más atrevido.

Ministro – ¿Así que eso quiere, eh? ¿Que despliegue la artillería pesada...?

La chica deja que se acerque un poco, pero de pronto se aparta, coge el contrato de la mesita y se lo planta delante de las narices.

Azafata – ¿Y si le pidiera que firmara primero este contrato?

Ministro *(con la cabeza en otro sitio)* – ¿El contrato...?

Azafata – Así aviso a mi tío y le digo que puede quedarse junto a mi tía toda la noche si quiere...

Ministro – ¿Por un esguince de muñeca?

Azafata – A estas horas seguro que la dejan en observación hasta mañana... Se lo aseguro, si llamo a mi tío para decirle que el contrato está firmado, tardaremos mucho en volver a verlo. ¡Tendremos casi toda la noche para nosotros!

Ministro – Muy bien... Si así la hago feliz, firmaré el contrato... Pero tampoco tenemos tanta prisa...

El ministro se levanta y vuelve a la carga.

Azafata – Solo le llevará un momento... ¡Compréndame! La idea de que mi tío pueda aparecer de repente... ¡me corta por completo!

Ministro – Pero tengo que leerlo detenidamente... No puedo firmar cualquier cosa. Tres mil millones de euros... ¡Es un asunto muy serio!

Azafata – Por complacerme, se lo suplico...

Ministro – ¡Compréndame usted también, Maribel! Tener que leer un documento árido de cien páginas y rubricarlas una a una... ¡Como preliminares! Yo esperaba otro tipo de desnudo progresivo...

Azafata – Me parece que he oído pasos en la escalera...

Ministro – Yo no oigo nada, se lo aseguro...

El ministro vuelve a ponerse insistente. La chica lo esquivo.

Azafata – No, me pone demasiado nerviosa...

Ministro – Vamos, no sea cría...

Azafata – Lo siento, pero no puedo. Sin firma, no hay...

El ministro parece resignarse.

Ministro – Bueno, si eso la tranquiliza... Qué más da, no lo releeré... Confío en su tío... ¡Pero después le prometo toda mi artillería pesada!

Ella le tiende el documento.

Azafata – Tome...

El ministro se dispone a firmar. Suena su móvil. Se interrumpe.

Ministro – ¡No puede uno estar tranquilo ni cinco minutos! Discúlpeme... Tengo que contestar o mi jefa de gabinete mandará aquí al GEO... ¡Créame, sería peor que su tío!

Azafata – Por supuesto...

Contesta. La chica puede respirar aliviada.

Ministro – ¿Sí...? ¿No? ¿Cuándo? No, no, le escucho...

Tras hacerle un gesto de disculpa, se retira un instante a la habitación de al lado. Ella se precipita sobre su móvil.

Azafata – ¿Está ahí? Vale. Solo quería comprobarlo. No, todavía no. Lo llamaré cuando llegue el momento. ¡Pero tenga el teléfono a mano! (*Vuelve el ministro y la chica guarda el móvil a toda prisa.*) ¿Algún problema?

Ministro – Nada importante... Al menos, no lo bastante para distraernos de lo que estábamos a punto de empezar.

El ministro vuelve a ponerse cariñoso.

Azafata – Pero todavía no ha firmado el contrato...

Ministro (*distráido*) – ¿El contrato...? Ah, sí, el contrato... No se preocupe por eso... De todos modos, ya no viene al caso...

Azafata – ¿Cómo que ya no viene al caso?

Ministro – Acaba de llamarme mi jefa de gabinete... Lo que voy a contarle es secreto de Estado, Maribel... ¿Puedo confiar en su discreción?

Azafata – ¿Cómo puede dudarlo?

Ministro – La Policía acaba de sorprender al ministro de Educación en una situación comprometida con una prostituta menor de edad en la Casa de Campo. Lo más probable es que tenga que dimitir...

Azafata – Qué injusticia... Si ya no podemos poner el futuro de nuestros hijos en manos de unos depravados sexuales, ¿adónde vamos a llegar? Pero ¿qué tiene que ver eso con nuestro contrato? No me diga que pensaban llevar la autopista Brihuega-La Moraleja por la Casa de Campo...

Ministro – ¡El efecto mariposa, querida niña! ¡Una mamada que hace saltar por los aires todo un Gobierno!

Azafata – Pero explíquese...

Ministro – Dimisión igual a remodelación del Gobierno. Empieza el juego de las sillas, el baile de carteras... Y desgraciadamente esta vez me voy a quedar sin silla.

Azafata – ¡Joder...! Quiero decir... Vaya por Dios...

Ministro – En cualquier caso, creo que me conviene tomar cierta distancia antes de las elecciones... Tendré más tiempo para mí... ¡Y para usted!

Azafata – Ya, pero la verdad es que todo esto es muy lamentable...

Ministro – Me encanta ese vocabulario tan anticuado, Maribel... ¿De verdad estudió en un colegio de señoritas? Cuénteme...

Azafata – ¿Y qué pasa con el contrato?

Ministro – Está claro que ya no puedo firmarlo. Se ocupará mi sucesor. Aunque no sé si le entusiasmará tanto como a mí el enlace directo Brihuega-La Moraleja... Cuando sea presidente del Gobierno, quizá...

Azafata – Si llega a serlo algún día...

Ministro – Sea como sea, ahora sí que podremos disfrutar del resto de la noche sin interrupciones...

La chica ya no sabe cómo resistirse a las insinuaciones del ministro.

Azafata – Muy bien... Le propongo una cosa... Dese una ducha y póngase cómodo. Yo haré lo mismo... Después de llamar a mi tío para decirle que ya no tiene que preocuparse por el contrato... ¿De acuerdo?

Ministro – De acuerdo... ¿Dónde está el cuarto de baño?

Azafata – Eh...

Ministro – Ah, claro, ya lo sé. Tuve que ir antes, cuando me derramó aquella copa de champán en los pantalones...

Azafata – Entonces sabe tan bien como yo dónde está...

Ministro – Voy corriendo... ¡Hasta ahora!

Sale el ministro. La chica se abalanza sobre el móvil.

Azafata – ¡No, no puede ser! Me he quedado sin batería... *(Rebusca en su bolso.)* Y, por supuesto, no he traído el cargador... *(Piensa un momento.)* Tampoco me da tiempo a buscar la habitación de la empleada. Me perderé en este casoplón... Pero dijo que estaba justo encima...

La chica coge la fregona, se sube a la mesa y golpea el techo varias veces, dando después tres golpes más cortos, como en el teatro. Los golpes pueden reproducirse con un efecto sonoro.

Ministro *(fuera de escena)* – Sí, sí, ¡ya voy! No sea tan impaciente...

Azafata – ¡Mierda...!

Vuelve el ministro vestido únicamente con un albornoz absolutamente ridículo. Ve a la chica subida a la mesa y aprovecha para mirar por debajo de su falda.

Ministro – Me encantan las mujeres manitas... ¿Necesita ayuda?

Azafata – Solo tenía que cambiar una bombilla... Ya está... Yo... He intentado llamar a mi tío, pero me he quedado sin batería.

Ministro – ¡Pues mis baterías están cargadas a tope, créame!

Azafata – Estupendo... ¿Me dejaría su móvil un momento para llamarlo?

Para acercarse a ella, el ministro empieza a subirse a la mesa.

Ministro – ¡Al diablo con su tío! No va a volver tan pronto... Acaba de salir...

Azafata – Es que... No le he contado toda la verdad, Juan Francisco...

El ministro se calma un poco.

Ministro – ¿Ah, no...?

Azafata – En realidad no soy la sobrina de Martín Puig...

El ministro encaja la noticia, sin parecer demasiado sorprendido.

Ministro – La verdad es que lo sospechaba...

Azafata – ¿Ah, sí...?

Ministro – Soy menos ingenuo de lo que parezco, ¿sabe?

Azafata – Claro...

Ministro – Usted es su amante, naturalmente.

Azafata – ¿Su amante...? Sí...

Ministro – ¡No se preocupe por eso! ¡No soy celoso!

Se dispone a reanudar el asalto, pero ella lo detiene.

Azafata – Sí, pero él sí...

Ministro – Jamás lo sabrá.

Azafata – ¡Pero yo sí lo sabré!

Ministro – ¿Y qué?

Azafata – Quiero romper con él antes de... empezar una relación con usted, ¿comprende?

Ministro – Sí... Bueno, ¡no!

Azafata – ¡Déjeme llamarlo, por favor! Así estaré más tranquila y podré entregarme a usted por completo.

Ministro – Por completo...

Azafata – ¿Me presta su teléfono?

Ministro – Bueno...

Él le tiende el móvil. Ella lo coge sin bajarse de la mesa. Pero el ministro no hace ademán de alejarse.

Azafata – Le mandaré un mensaje. No tengo valor para decírselo de viva voz, sobre todo estando su mujer en el hospital...

Ministro – Por supuesto...

Ella finge leer en voz alta el mensaje que está escribiendo.

Azafata – Te dejo... (Más bajo.) Venga enseguida... Ya está, enviado...

Baja lentamente de la mesa. El ministro se abalanza sobre ella. La chica vuelve a subirse y lo mantiene a distancia con la fregona.

Azafata – ¡No! Esperaré a que conteste, para asegurarme de que ha recibido el mensaje... Antes de entregarme a usted...

Ministro – ¡Pero si ya no puedo más...!

El ministro se abraza a las piernas de la chica, todavía subida a la mesa. Entra el presidente precipitadamente, finge sorpresa y aparenta una enorme indignación.

Presidente – ¡Señor ministro! ¡Usted! ¡En albornoz! ¡Con mi sobrina! ¡En mi propia casa! ¡Y yo que confiaba plenamente en usted!

El ministro, también sorprendido, interrumpe enseguida sus avances, pero recupera pronto la serenidad.

Ministro – Ya está bien... Deje de fingir... Estoy enterado... ¡Maribel me lo ha contado todo!

Presidente – ¿Todo?

Ministro – Todo. Aunque no estoy seguro de que esta pobre chica haya comprendido bien su miserable estratagema.

Presidente – ¿Esta pobre chica...?

Ministro – Supongo que tampoco estaba en el hospital con su mujer...

Presidente – Eh... No... Estaba aquí encima, con la empleada...

Ministro – Me decepciona usted, querido amigo... Que se acueste con la empleada es asunto suyo... ¡Pero utilizar a esta joven inocente para conseguir sus oscuros propósitos!

Presidente – O sea, que no ha firmado mi contrato...

Ministro – Era una trampa, ¿verdad? Se las arregló para dejarme solo con su amante, sabiendo que ella no podría resistirse a mis encantos.

Presidente – ¿Mi amante?

Ministro – Y que, para que me perdonara, acabaría firmando su contrato.

Presidente (*recobrando la esperanza*) – ¡Y eso es lo que va a hacer, claro! Porque usted es un caballero...

Ministro – Ha sido una mezquindad por su parte... Pero quizá lo habría hecho, es cierto... Porque, como usted dice, soy un caballero. Desgraciadamente, ya no estoy en condiciones...

Presidente – ¿En condiciones...?

Ministro – Ya no soy ministro de Transportes. Le comentaré el asunto a mi sucesor, pero no puedo garantizarle nada.

Presidente – ¿Ya no es ministro?

Ministro – Decididamente, hoy no es su noche... No solo se queda sin contrato, sino que su amante ha decidido abandonarlo y venirse conmigo. Vámonos de aquí, Maribel...

El empresario estalla.

Presidente – ¿Maribel? ¡Viejo verde asqueroso! Esta chica no es mi sobrina, es verdad. ¡Pero tampoco es mi amante! ¡Es una puta!

Ministro – ¿Una puta?

Azafata – ¿Una puta?

Presidente – ¡¿O se cree que su encanto natural basta para conquistar a una chica treinta años más joven que usted?!

Ministro – ¿Y por qué no?

Presidente – ¿Y de verdad cree que, si fuera mi amante, lo preferiría a usted?

Ministro – Diga algo, señorita...

Azafata – ¡Desde luego, no soy prostituta!

Presidente – Es verdad. Discúlpeme...

Ministro – ¿Entonces a qué viene todo esto?

Presidente – Digamos que es... una escort. Ya sabe cómo son las cosas ahora: los parados son demandantes de empleo, las secretarias son asistentes y las putas, escorts...

Azafata – ¡Pero yo no soy ninguna escort!

Presidente – Bueno, una azafata de compañía, si lo prefiere...

Azafata – ¡Le recuerdo que he venido aquí por error!

Ministro – Por lo visto, yo también... Y todo esto se está volviendo muy complicado. Pero entonces, ¿quién es usted en realidad?

Azafata – ¡Tu peor pesadilla!

Ministro – ¿Debo entender que no se viene conmigo?

Azafata – Sí, en tus sueños... Y con lo que sé de ti, viejo salido, puedo arruinarte la carrera política.

Ministro – Vamos, Maribel...

Azafata – ¡Y deje de llamarme Maribel! ¡Me llamo Emmanuelle!

Ministro – Qué curioso... No tiene usted pinta de llamarse Emmanuelle...

Presidente – Eso mismo le he dicho yo...

Azafata – ¡Cállese!

Ministro – Bien dicho...

Azafata – ¡Y usted también! ¡Es un obseso y un imbécil! Está dispuesto a firmar cualquier contrato con tal de acostarse con una mujer que podría ser su hija, ¿y pretendía convertirse en el próximo presidente del Gobierno?

Ministro – ¿Debo deducir de ese tiempo verbal que se propone impedir tan noble aspiración?

Azafata – Esta noche he aprendido más sobre política que en todos mis años de carrera. Así que tendré bastantes cosas que contar. ¡Y creo que le haría un favor a España si consiguiera que volviera cuanto antes a Guadalajara y se quedara allí!

Presidente – Vamos, tranquilícese, se lo ruego... Creo que todos nos hemos dejado llevar un poco... Seguro que encontramos una solución aceptable. ¿Verdad, señor ministro...?

Azafata – ¡No soy prostituta, pero usted sí es un proxeneta y usted un viejo cerdo! ¡Y esto es lo que hago con su contrato! (*Rompe el contrato.*) ¡Y ni sueñe con que le devuelva el dinero que me ha dado! ¡Me lo he ganado a pulso!

Ministro – ¿Entonces es verdad que le ha pagado?

Presidente – Es un poco complicado...

Ministro – No me dirá que al final sí que es su sobrina... (*Suena el móvil del ministro y contesta.*) ¿Sí...? ¿No? Bien. De acuerdo... No, no, lo llamaré dentro de un momento... Sí, sí, todo está bien...

Guarda el teléfono.

Azafata – ¿Le parece que todo está bien?

Ministro – Al final conservo mi cartera. El fiscal es amigo del presidente del Gobierno y van a tapar el escándalo...

Presidente – Entonces vuelve a estar en condiciones de firmar el contrato...

Ministro – Sí...

Azafata – ¡Demasiado tarde! ¡Acabo de romperlo!

Ministro – Supongo que tendrá más ejemplares...

Presidente – Naturalmente.

Ministro – Pues le sorprenderá, pero voy a firmar el contrato antes de marcharme y dejarlos aquí, en familia...

Azafata – ¿Por qué?

Ministro – Porque es un buen contrato, sencillamente. Y yo he venido dispuesto a firmarlo desde el principio.

Azafata – ¿Y la competencia?

Ministro – No hay ninguna oferta de la competencia. Ninguna que pueda competir, al menos. Yo también intentaba tomarles el pelo.

Presidente – Enhorabuena, señor ministro. Una negociación es como una partida de póquer: todos vamos de farol. Pero creo que ha llegado el momento de cerrar el trato. Créame, todos salimos ganando.

Azafata – ¿Y yo qué gano?

El presidente saca otro ejemplar y el ministro lo firma. Mientras tanto, el presidente abre una caja de puros, se pone uno en la boca y le ofrece otro al ministro.

Presidente – ¿Un puro?

Ministro – No le falta a usted ni un solo tópico, ¿verdad?

El presidente vuelve a meter en la caja el puro que tenía en la boca y guarda la caja.

Presidente – Supongo que tampoco tiene una madre anciana en Algete...

Ministro – Una madre, no... Pero sí una mujer joven a la que quiero mucho...

Presidente – Ya veo... Una relación que le habría gustado convertir en enlace por autopista, por así decirlo... Volveremos a hablar después de las elecciones...

Ministro (*mirando con inquietud a la chica*) – Si gano...

Presidente – ¡Vamos! ¡Tiene usted despejada la autopista hacia el poder!

El ministro se dispone a marcharse.

Presidente – Y supongo que lo de mi condecoración... (*El ministro lo fulmina con la mirada.*) Tiene razón, no sé si todavía la merezco... Creo que esperaré hasta ganármela de verdad...

Ministro – Como decía la señorita... No se infravalore, querido amigo... ¡Si supiera cuántos dictadores, traficantes de drogas y estafadores de toda clase han recibido condecoraciones!

Presidente – Pues sí... También en materia de honor hace tiempo que España perdió su triple A...

Ministro – ¿Quiere que la acerque a algún sitio...?

Azafata – Gracias, ya he tenido bastante de usted por hoy...

Ministro – ¿De verdad está decidida a arruinar mi carrera política? Por lo menos a mí ya me conoce. ¿Quién le asegura que los demás no son peores?

Azafata – Intento imaginármelo... Me cuesta bastante...

Ministro – Sea indulgente... Le pido perdón, de verdad.

Azafata – ¿Qué me ofrece a cambio de mi silencio?

Ministro – ¿Qué le haría ilusión?

La chica reflexiona un instante y le susurra algo al oído.

Ministro – Muy bien, se lo prometo...

Presidente – ¿Le pido un taxi?

Ministro – Prefiero caminar un poco.

Se marcha. El empresario se queda solo con la chica.

Azafata – Yo también voy a irme...

Presidente – Le pido disculpas por mi parte. Los tiempos son difíciles, ¿sabe? La crisis...

Azafata – Incluso para los presidentes de grandes empresas...

Presidente – Insisto en pagarle lo que le debo. Al fin y al cabo, el contrato está firmado, que es lo importante. Usted ha cumplido su misión...

Azafata – Iba a firmarlo de todas maneras...

Presidente – Es cierto, pero... Yo también le debo una compensación...

Azafata – Quédese con la segunda mitad del dinero... Lo que acaba de prometerme el ministro me basta como liquidación definitiva...

Suena el timbre de la puerta.

Presidente – ¿Qué querrá ahora ese imbécil...?

Va al interfono.

Presidente – ¿Sí...? Sí, sí... ¡Que sí, que sí! No, no, te abro ahora mismo...

Regresa.

Presidente – ¡Dios mío! ¡Es mi mujer!

Azafata – ¿No estaba en Salamanca?

Presidente – Por lo visto, después del malentendido telefónico de antes, ha decidido regresar antes de tiempo... ¡Vaya noche! Por no hablar de la empleada...

Azafata – ¿La empleada...?

Presidente – También ella ha vuelto antes de lo previsto... Cuando me ha encontrado en su habitación, ha creído que la estaba esperando y casi me viola...

Azafata – Pues al menos hay algo de justicia: ¡ahora sabe lo que me ha tocado soportar a mí esta noche por su culpa!

Presidente – ¿Qué demonios voy a contarle a mi mujer para explicar que estoy aquí con una prostituta...?

Azafata – ¡Pero si no soy prostituta!

Presidente – ¿Y cree que con una estudiante será más fácil de explicar...? Ya le he dicho que es muy celosa. No, tiene que ayudarme a salir de este lío. Puede decir que es... No sé... ¡Mi sobrina!

Azafata – ¿Ese es su gran plan?

Presidente – Qué remedio, improvisaremos. Se le da muy bien... Voy a abrirle...

La chica se precipita sobre su móvil.

Azafata – ¿Isabel? No, sigo en casa de tu cliente. Ya te contaré... ¿Y tú dónde estás? ¿En casa del presidente del grupo Tragados y Obstrucciones? Ah, de modo que todo era una trampa, ¿verdad? Pensasteis que, si me mandabais a mí a casa del presidente de Caraduro, no tendría ninguna posibilidad de seducir al ministro, y que tú lo pescarías en casa de su competidor a la hora de la copa... Pues puedes esperarlo sentada, créeme... ¡Acaba de firmar el contrato! Ya ves, os equivocasteis al desconfiar de mi capacidad de seducción... Y ¿sabes qué? ¡Encima va a conseguir que me concedan una condecoración! Bueno, perdona, pero todavía no ha terminado del todo la velada. Creo que España aún me necesita...

Presidente – Escucha, cariño, ¡no te pongas así! Ella te lo explicará todo. Ya verás, es muy sencillo...

Oscuro con la música de la Marcha Real.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París – Noviembre de 2011

ISBN 978-2-37705-050-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.